

Certamen de relatos cortos

MARÍA DEL CARMEN DE LA CALLE
CONCEPCIÓN HERNÁNDEZ
INÉS GONZÁLEZ
MARILI CALDUCH
NOLY GÓMEZ
FRANCISCO ACEBES

Madrid, 2016

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: M-24013-2016

Maquetación: A.D.I. Pza. de Argüelles, 7. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

Certamen de relatos cortos

La iniciativa surgió de un socio y fue aprobada en Asamblea, porque pensamos que podía encajar con las actividades que hacemos en la UMER.

Se hizo convocatoria pública, y en varios días y momentos, para intentar que fuese conocida por todos los socios.

Solamente han participado seis personas, que nos parecen pocas en relación al número de asociados que somos; esperamos que en próximas convocatorias sean más a compartir sus escritos.

Queremos agradecer a todos los participantes sus historias, que nos han gustado y emocionado, sorprendidos con fantásticas resoluciones, etc.

Esperamos que la escritura os haya resultado también placentera.

El nivel de los trabajos nos ha parecido similar, lo cual hace difícil la selección. Nunca se valora con plena justicia, solamente es el criterio de tres personas más o menos acertado.

Hemos decidido que todos sean premiados con su publicación y hemos establecido un orden de preferencia.

Victor Agramunt, Teresa Domingo y Lola González

El premio

No me apetece levantarme de la cama, extendiendo perezosamente mi mano hacia la cercana mesilla de noche, donde está el periódico, y leo el titular.

Pero las lágrimas me impiden seguir leyendo.

Me derrumbo, vuelvo a enfrascarme en mis pensamientos, y estos, cada vez me atormentan más.

Todas las edades de mi vida desfilan sucesivamente por mi mente. Me incorporo un poco, seco mis ojos, doblo la almohadada y me apoyo en ella dispuesto a intentar leer algo para alejar mi tristeza. Una amargura hiriente y viva invade mi alma.

Hace unos días me han diagnosticado mi grave enfermedad – sin tratamiento alguno por su avanzado estado- y mi próximo fin. Así, sin paliativos, pese a mi aparente serenidad, al oírlo verbalmente, al recoger el informe, mi mano tembló.

Mi mujer, que me acompañaba, palideció. Luego supe que había recriminado al médico su crudeza ¡qué más daba! Mejor así. Saber que me quedaba poco tiempo hacía que valorase cada minuto.

Ojeo distraídamente las hojas del periódico hasta llegar a las listas de los números premiados de la lotería.

Recuerdo que en mi última visita al médico – al ir todavía con la esperanza de un diagnóstico leve- había comprado unos décimos. Abro el cajón de la mesita y los saco, con desgana empiezo a mirarlos, y no, ¡no puede ser!

Pero así era, en efecto, tantos años de estrecheces, tantas ilusiones puestas en algo que llegaba ahora.

Qué sarcasmo, qué ironías del destino ¡justo ahora! cuando yo me voy. Ganas me dan de romper los décimos en pequeños trocitos y lanzarlos al aire como si fuera confeti.

Pienso en ella. ¡Cuánto la había amado! Cuando nos conocimos era muy joven, fui su primer novio; yo había tenido unas cuantas parejas; ella era distinta.

Sus ojos de azabache me encandilaban; de su cuerpo emanaba seducción y misterio; sus manos enlazándose a mis dedos encendían mi calentura.

Si, tuvimos años tan felices que nos dolía pensar que estas sensaciones tuvieran un final.

No sé cuándo empezó, pero ya no nos reímos tanto. Mi piel ya no se eriza cuando nos tocamos, ni sus ojos oscuros me encandilan, ni en su cuerpo hay misterios por descubrir. ¿Dónde estás, seducción?

¿Y ella por mí? ¿Qué siente? Muchas veces le pregunto y con desgana me dice: ¡que sí, que te quiero!

Me pongo a meditar despacio con indolencia y rencor. Pienso que dentro de poco puede volver a empezar con otro y con renovadas ilusiones. A repetir nuestra historia de amor y además... ¡disfrutar de mi premio! Siento un dolor infinito. Miro los décimos en mi mano y...

María del Carmen de la Calle



Toda una vida

El 26 de diciembre de 1898 es día de júbilo en la familia. ¿Qué digo en la familia? ¡En toda la aldea!

En la casa de los “Patricios”, apodo familiar, y después de cinco hijos varones, acaba de nacer una niña preciosa, rubia como el oro y con unos ojos enormes color azul cielo.

Como es natural, los vecinos traen presentes a la madre. Consisten, en general, en alimentos locales: verduras, patatas, algún pollo o conejo, embutidos caseros de la última matanza...

Es una familia humilde. Así es que, tanto el padre como los hijos desde muy niños, tienen que trabajar en el campo o cuidando el escaso ganado. Su vida se rige por la luz solar, ajustada al tiempo: madrugar, trabajar, comer y dormir. Se acuestan pronto; a la aldea no ha llegado aún la electricidad.

La niña rompe esa rutina cuando empieza a dar sus primeros pasos. Vital y traviesa, todo lo enreda y trastrueca. En los escasos ratos de asueto familiar se oyen en la casa risas y cantos. Carreras arriba y abajo. Hay buen entendimiento entre todos. Una alegría bulliciosa. Hay, sobre todo, amor.

Se disfrutan los días buenos, cuando el sol tímidamente se abre paso entre las nubes y se asoma por encima de los montes que rodean la aldea. La tierra huele a lluvia reciente y se esparce el aroma de los castaños, los robles y los eucaliptos. En días nublados y fríos huele a leña quemada en los lares, sobre los que siempre bulle el sabroso caldo gallego.

Las pequeñas travesuras de la niña son aplaudidas por el padre, la madre y los cinco hermanos. Todo, todo se lo consienten con tal de que no haga pucheritos y llore.

Una tarde, casi sin previo aviso, se rompe ese agradable aunque ajetreado vivir. En febrero de 1904 muere la madre y todos los ruidos quedan ahogados por el lento tañer de la campana de la iglesia.

La casa se vuelve a llenar de gente; esta vez las mujeres con pañuelos negros en la cabeza ocultando el pelo. Los hombres, también de negro, con los trajes recién sacados de los baúles para esta circunstancia. Parece como si los trinos de los pá-

jaros y los quiquiriquíes de los gallos en el corral se hubieran detenido. Todos hablan en voz baja mientras esperan la llegada del señor cura, que ha de presidir el cortejo fúnebre hasta la iglesia y luego hasta el minúsculo cementerio de la aldea.

La niña no sabe qué es la muerte. Y quiere saber. Nadie le dice por qué hay tanta tristeza en los rostros de todos. Va de una mujer a otra, de un hombre a otro, pidiendo, sin palabras, con sus ojitos azules bien abiertos, una explicación sobre lo que está ocurriendo. Acarician sus rizos rubios, la besan y la olvidan.

Lleva puesto el mejor vestido que tiene, el de las fiestas; sólo que en vez de ponerle en el pelo su lazo rosa se lo han puesto negro. No recuerda quién la ha vestido ni peinado.

A última hora de la mañana sale el féretro. Tras él va el cura, luego el padre y los cinco hijos: altos, morenos, enjutos, llorosos. Por último, los demás hombres y mujeres de la aldea. Hoy no se trabaja. Se cruzan miradas unos a otros. Las palabras sin sonido flotan en el aire. Son preguntas sin respuesta. ¿Por qué tan joven?

La niña quiere que venga su madre. No llora, pero pregunta por ella a quien la lleva de la mano. Por primera vez siente en su corazón un zarpazo de soledad. La angustia la invade y la impide respirar.

Al regresar a casa, el denso silencio de apodera de ella y rompe a llorar.

¡Qué largo se hace el triste invierno! Parece no tener fin. No es consciente aún de que, por largos que sean los inviernos, después siempre llega la primavera.

Hay que pensar en el futuro de la niña. El padre reúne a sus hijos, preguntando qué pueden hacer con ella sin una mujer en casa. En la aldea no hay colegio. Tampoco medios móviles ni económicos para llevarla a una ciudad mayor.

Recuerdan que en la capital, Madrid, vive una parienta lejana de la familia, prima segunda o tercera, que trabaja como portera en una casa elegante. El marido es barrendero. Quizá puedan hacerse cargo de la niña, que ya ha cumplido seis años, hasta que alguno de los hijos se case y traiga una mujer a la casa.

El matrimonio acepta. Y en una maleta de cartón colocan sus escasas pertenencias: los zuecos, un par de zapatos, dos vestidos y algunas prendas interiores. No hay juguetes ni peluches que guardar.

Ya en Madrid, siente el ahogo de lo desconocido. La gente habla raro, nadie la conoce aunque ella es de los “Patricios”. Su tía está muchas horas en la portería y su tío sale temprano al trabajo y vuelve sin ganas de hablar.

Como los ingresos son escasos, no tienen escrúpulo en decidir: “si la niña trabaja puede contribuir con algunas monedas, aunque sean pocas, a mejorar en algo su mísera vida”.

Pero, ¿en qué puede trabajar una mocosuela de seis años?

La niña recuerda bien que las mujeres de la aldea suelen llevar en perfecto equilibrio sobre sus cabezas enormes cestas con productos de las huertas. Cántaros de agua o altos haces de hierba para el ganado, y aun con las manos libres sujetan del ronzal un par de vacas hasta la casa.

Por eso, cuando su tía coloca sobre su cabecita una cesta con las sábanas sucias de algún inquilino de la casa para llevarlas hasta el río, donde las lavan las lavanderas, se siente mayor. No tiene contacto con otras niñas, ni va al colegio. Cuando llega al río, entrega la cesta y se sienta en el suelo sobre la yerba verde que le recuerda las praderas de la aldea. Distrae las horas contemplando los cambiantes que sobre el agua forma la espuma del jabón. Escucha los rítmicos golpes de la ropa sobre la piedra y las canciones desconocidas.

Come lo que su tía le prepara y alguna fruta que le regala cualquier lavandera. A veces la traen una onza de chocolate, manjar desconocido hasta entonces.

A media tarde, cuando ya la ropa se ha secado en los tendederos instalados en la ribera, la doblan y la ponen de nuevo en la cesta. La niña se la coloca sobre la cabeza y vuelve a casa.

Sus tíos no piensan en llevarla al colegio y la niña no lo echa de menos. No sabe leer ni escribir; no le preocupa, sus hermanos tampoco saben.

Una joven y alegre lavandera la enseña pacientemente las letras: primero las vocales y luego las consonantes, y poco a poco, después, la unión de ambas.

La niña es lista y aguda y a partir del día en que es capaz de recordar lo aprendido, retira de la basura a hurtadillas periódicos viejos y copia despacio palabras que escribe sin saber su significado. Poco después escribe sin copiar, con errores ortográficos, alguno de los cuales conservará toda su vida. Para ella cada letra es

un dibujo y la pronunciación entre la ge y la jota no difiere mucho, ni entre la be y la uve. Más adelante escribe a su padre para que el señor cura le lea cómo es su vida en la capital. Va adquiriendo facilidad de conversación. Su acento gallego se debilita y olvida. Lentamente, al tiempo que absorbe sin esfuerzo modales y actitudes de los ricos de la finca, va distinguiendo la verdad de la mentira.

Pasan años llevando y trayendo ropa al río. Las lavanderas la quieren y aconsejan más que sus tíos. Cuando va al mercado a hacer los recados de los inquilinos, algunos vendedores le regalan fruta, huevos o flores, encantados de su gracejo y belleza que crece por momentos; si consigue alguna propina, la guarda en una hucha.

Tiene ya 17 años. Está alta y aparenta más. Conoce a un guapo mozo castellano que la llena de piropos y que la propone el cortejo. Se deja aconsejar por las lavanderas, que le dicen que pida permiso a sus tíos, quienes se lo conceden sólo para los domingos por la tarde.

Dos o tres años después piensan en casarse. Con el jornal del joven, que trabaja en una empresa de construcción, alquilan un pisito en las afueras de Madrid, donde se ha instalado una multitud de gente venida de los pueblos a la capital buscando una vida mejor.

Se casan y dicen adiós para siempre a sus tíos. Como no ha encontrado ocasión para volver a la aldea ni para ver a su padre y hermanos, porque los viajes son caros, les informa por carta de su boda y les manda una fotografía en la que ella está sentada, con un vestido hasta los tobillos y una coronita de flores en la cabeza. El novio de pie, con corbata y una mano sobre el hombro de la novia. El señor cura les leerá la carta.

Un año después tienen una niña, gordita y rubia como la madre y los ojos negros como el padre. Tras esta, y bastante seguido, entre algunos embarazos y partos fallidos, como era corriente en aquel tiempo, nacen cinco niñas más.

A la madre se le van las horas en criar a las hijas, limpiar, guisar y, en los ratos libres, confeccionar ropa para todas. Ha aprendido sola a coser y sabe acoplar la ropa de las mayores para las siguientes, adaptándola y añadiendo cintas, bordados y encajes. El padre asciende en su trabajo y salario pero, aun así, hay que hacer juegos malabares para llegar a fin de mes.

En los arrabales de la ciudad surgen barrios nuevos con casitas bajas o de dos pisos, algunas unifamiliares. Se trasladan a una de ellas porque en el pisito ya no caben. Como gran parte del terreno está aún sin edificar ni cultivar, los niños y niñas encuentran en los rastrojales el mejor y más lujoso parque infantil donde juegan sin peligro.

Todos disfrutan del paso del tiempo, que transcurre rápido. Las niñas van creciendo sanas y fuertes llenando la casa de felicidad.

A las edades adecuadas empiezan a ir a la escuela estatal, una tras otra, todas a la misma.

Entonces, como ahora y siempre, en los colegios se contagiaban las enfermedades infantiles: sarampión, tosferina, anginas, catarrros... y piojos. Para luchar contra ello existe el médico de familia, que conoce a todos por su nombre, lógicamente más a las madres que a los padres, ausentes de casa durante horas por su trabajo. El médico aplica a cada una los remedios. Las acuestan pronto, al caer el sol. Los padres prolongan algo las veladas y, con los vecinos varones, se comentan los acontecimientos que empiezan a producirse en el país. Son temas de los que no se habla ante las niñas.

Estamos en los años 30.

Un día, una noticia trunca esa vida. Los diarios anuncian el paso por el cielo de Madrid de un globo aerostático que, según la hermana mayor, se llama Graf Zeppelin. ¡Qué revuelo y sobresalto en la vecindad! Los niños no van al colegio; todo el mundo está en la calle para verlo. Y aparece por el aire, sin ruido de motores, inmenso, alargado, gris. No tiene alas como las aves que en sus migraciones de temporada gustan de ver las niñas. Lo miran asustadas, sobrecogidas. Se imaginan un gran monstruo que no trae nada bueno, que se llevará a las niñas malas.

En sus terrores unen esa cosa que vuela con las conversaciones en voz baja de los mayores, que hablan de contiendas bélicas recientes de unos países contra otros, de temores futuros, de huelgas en España, de luchas de unos partidos políticos con otros, de penalidades próximas. La prensa publica noticias que se refieren a letras sin significado para las niñas: UGT, CEDA, FAI, PCE, POUM, etc., y palabras: anarquismo, socialismo, falangismo...

El 18 de julio se produce el golpe de Estado militar, iniciándose con él en el país la más sangrienta guerra civil. Dicen los mayores que va a durar poco, pero fueron tres interminables años. Acaba en 1939 y lo que vino después fue mucho peor.

Una noche de agosto de ese año irrumpen en casa unos hombres con camisetas azules y se llevan presas a la madre y a la hija mayor “hasta que aparezca el padre”, dicen.

La hija es llevada a la cárcel de Ventas y la madre a los sótanos de Gobernación en la Puerta del Sol. Las demás hijas quedan a merced de la buena voluntad de vecinos y familiares.

Una mañana, de madrugada, la madre ve pasar desde su calabozo a un par de guardias que arrastran a un preso. Le acaban de torturar. No sale un grito de su garganta, aunque reconoce a su marido, desfigurado por los golpes.

Es puesta en libertad sin cargos, y puede volver a ocuparse de sus hijas.

En abril de 1940 el padre es fusilado por su “colaboración a la rebelión militar”. Su hija es puesta en libertad, también sin cargos, poco después.

La guerra, y sobre todo la posguerra, borran de su rostro todo signo de alegría, sus ojos pierden el brillo y se quedan sin vida. No llora delante de sus hijas. Guarda su pena para ella sola y lucha por no enfermar para poder seguir ocupándose de ellas.

Tiene que trabajar limpiando casas ajenas, sin decir que tiene hijas. Decir la verdad era no encontrar trabajo en las casas de los vencedores.

Mi madre, porque aquella niña nacida el 26 de diciembre de 1898 es mi madre, sufrió cuanto un ser humano cree no poder resistir.

Hubo otros acontecimientos dolorosos, que alargarían demasiado este relato.

Mi madre ha vivido hasta los 93 años rodeada de sus hijas, yernos, nietos y nietas, bisnietos y bisnietas. La familia entera ha hecho lo imposible para que ella recordase sólo los años felices (¡tan pocos en el tiempo!) y la ha rodeado del amor, el respeto y la admiración que ella merece.

Hasta su jubilación trabajó como planchadora en un hotel de viajeros. Y, tras las gestiones de una de mis hermanas, consiguió que se rehabilitase el nombre de mi padre y pudo cobrar una pensión de viudedad y los atrasos debidos desde su fusilamiento.

Siendo ya muy mayor la llevamos a su aldea natal, a la que no había vuelto, para ver si recordaba la casa en la que había nacido. Nos hospedamos en un hotel de la capital, Lugo, porque sabíamos que la casa estaba en ruinas y su padre y hermanos habían fallecido. Los pocos vecinos que quedaban en la aldea se acercaron a nosotros y reconocieron en ella los rasgos de los “Patricios”.

En el hotel, a la hora del desayuno, el camarero le preguntó:

- ¿Qué va a tomar la señora?

Al oír el musical acento gallego, rápidamente contestó sin pensar:

- Un tazón de leche con castañas hervidas en agua y anises.

Posiblemente los aromas de la Galicia que la vio nacer la habían trasladado a su niñez. Todos nos reímos de su respuesta.

Ella nos miró y sólo dijo:

- ¿E logo?

Concepción Hernández



La casa vacía

Aquella tarde algo nuevo surgió en mí. También algo viejo murió. Era necesario que esto sucediera, si no nunca podría haber tomado la decisión que hacía falta tomar. No me lo habían puesto nada fácil.

Por un lado, las presiones familiares:... que cómo vamos a deshacernos de la casa, con lo que ha representado en nuestra familia..., que cómo la vamos a malvender, porque ya no es una casa nueva y necesita reparaciones..., que qué dirán los vecinos y conocidos cuando se enteren... con lo que gastaron nuestros padres en dinero e imaginación arreglándola y cuidándola durante más de 50 años...

La verdad es que uno no es consciente de todo lo que almacena y transporta en su cabeza, mientras va viviendo como puede cada acontecimiento que aparece cuando menos lo espera y le obliga a tomar decisiones para las que cree no estar preparado. Qué poca fe tenemos en nosotros mismos, y en nuestros recursos. Tomamos como ejemplo lo que sucede alrededor nuestro y nos fijamos en cómo ese entorno soluciona sus problemas. Pero cuando el entorno no refleja nada de lo mío, no sé qué hacer. No tengo referencias, nada me ayuda a encontrar el camino.

Aquella tarde sufrí una metamorfosis. Así de claro. Me senté en un poyete al sol, desde donde podía verla toda entera, tan grande, tan digna, tan sola, como un gran mastodonte reposando cómodamente entre algunos árboles, muchas plantas y algunas flores que tímidamente la rodeaban.

No puede ser que todo esto desaparezca. No lo puedo permitir. Sería como si nunca hubiera sucedido o, algo peor, como si se hubiese destruido por mi voluntad. ¿Qué pensarían papá y mamá si lo vieran? ¿Y mis hermanos? ¿Y la prima aquella que venía todos los veranos y nos enseñaba a jugar al tenis y a hablar inglés? ¿Y los amigos de mis padres, con los que disfrutábamos de aquellas multitudinarias barbacoas veraniegas junto a la piscina? ¿Y de los tíos que, como caídos del cielo, aparecían en Navidad? Todos estaban ahí dentro. Yo los sentía.

Y seguí rememorando aquellos años llenos de vida, donde dos generaciones habían ido aprendiendo a vivir y a sembrar, y a recoger lo sembrado por otros, y a multiplicarlo o a dividirlo. Y ahora ya no había nadie.

Poco a poco fue anocheciendo. Los árboles cubrieron de sombra el jardín. El sol dejó de reflejarse en los cristales de las ventanas semicerradas de la casa. Todo

se hizo más borroso. Perdí poco a poco las referencias de los muros y ya casi no podía distinguir las plantas entre las sombras.

Un gato, que pasó raudo por delante de mí, me hizo volver a la realidad. Y de pronto, a pesar de la oscuridad que me rodeaba, lo vi todo distinto. La casa seguía ahí, oscura y sin pizca de vida. Solo eran ladrillos, cemento y tejas puestos con cierto orden.

Pero toda la vida que había bullido dentro de sus muros ahora estaba almacenada en mi cabeza. Casi todas las personas que vivieron en ella ya no estaban, ya no la necesitaban. Pero todos seguían conmigo, eso lo veía muy claro. Los percibía a todos tal como habían sido cada uno. Recibía algo muy bueno de su parte y, sobre todo, mucha paz. Una paz extrañamente fecunda, como un alimento que no se palpa, pero si se nota. En el fondo estaba alegre y contenta de tantas cosas buenas que había recibido en un par de horas, como si hubieran sido reales. Y creo que en parte lo fueron. Creo que todos ellos me ayudaron a darme cuenta de que, como dice un proverbio japonés: “Lo que le da su valor a una taza de barro, es lo que puede contener en su espacio vacío”.

Si, ahora estaba vacío. ¿Eso significaba que no tenía más valor? Y qué más da, si su verdadero valor no se había perdido, ni había desaparecido. Solo había cambiado de sitio. Ahora todo estaba en mi cabeza. Todas las historias seguían viviendo igual que antes y seguirían ahí para traerlas de vez en cuando y jugar con ellas: aquel perrazo mastín, que nos regalaron cuando niños, con el que jugábamos como si fuera otro más de nosotros; los canarios de mi madre, que cantaban como locos cuando ella pasaba por delante de la jaula y los silbaba. Hasta el borreguito, que el abuelo regaló al mayor de los nietos y que, pasado el tiempo, el niño se encontró un domingo como menú del día. ¡Ay, qué disgusto! Al cabo de los años, el no tan niño ya, le devolvió al abuelo el regalo con una nota que decía: “Prométeme que a este lo cuidarás y no acabará en una cazuela como su antepasado”. Y el animal murió de viejo...

Esas y otra multitud de historias me pertenecían. Lo que contenía la taza ahora estaba en mi cabeza y en mi corazón.

Al mes siguiente la casa cambió de dueño. Todo fue fácil. Todos contentos. Pero lo que nunca sabrá el comprador, es que solo compró una taza vacía.

Inés González Simmross



La pelota

Me acerqué a esa tienda alegre y luminosa, donde todo me gusta, en la que he pasado las horas extasiada, respirando su aroma y observando sus múltiples colores. Mis ojos observaban aquel escaparate que daba luz a mis días, que alegraba mis mañanas y mis tardes, que desprendía un olor a jazmín irresistible invadiendo mi almohada.

Y allí estaba ella, la pelota más roja y la más colorada, y la vi de soslayo, mezclada con otras tantas cosas que alegraban mi vista, y la vi de reojo, entre toda esa fiesta de colores, como si de fuegos de artificio se tratara, y no me dijo nada, apenas la miré, sin verla apenas la miré, y seguí mi camino sin pensar más en ella. Y pasaron las horas y los días, y no volví a instalar en mi mente aquella pelota tan roja y colorada.

Me pareció volver a verla, tal vez en otro escaparate, o quizá en unos niños que jugaban con ella en aquel parque con barro abarrotado, sucia y sin luz propia, y me fijé muy poco, pero entonces ya supe que existía, y empecé a recordarla con afecto desde un rincón muy profundo de mi alma.

Un año pasó sin que volviera a verla, mas la reconocí en el momento, en el mismo lugar donde la había dejado, en la misma vitrina y rodeada de aquellos cachivaches que la hacían resaltar en el escaparate, que la hacían diferente, casi humana. En mis ensoñaciones jugaba con ella, la limpiaba de barro y hasta la abrillantaba.

Mas de repente, estando yo extasiada en otros menesteres que llenaban mi tiempo y mi alegría, y a veces de dolor y sufrimiento, llenando muchas veces de pena mi mirada, vino a parar a mí sin que yo la buscara, y no sé cómo vino, pero llegó hasta mí, sedienta de juegos, de mimos, de cariño, cargada de esperanza, con tibieza, tímida, y hasta un poco abollada.

Y fue de esta manera, y sin saber muy bien cómo, que me encontré con un número en la espalda, vestida con un equipo verde y rojo, incorporada en el juego, como cuando jugaba a balón prisionero en el colegio, empleándome a fondo, pero feliz y alegre como nunca había estado. ¡Mi pelota estaba allí, a mi lado! Y lo mejor de mí afloró en cada paso, en cada tiro, en cada jugada.

Mi pelota tan roja y colorada se acopló a mi mano como un guante de latex, y sentí como hacía tiempo no sentía las ganas de jugar y de reír. Esa pelota removió mis recuerdos juveniles y me hizo más ligera, más ágil. Sin saber muy bien por qué: cantaba y sonreía, la dicha me embargaba, y apenas si paraba de pensar en los partidos, en ganar, en jugar...

Me sentí tan unida a mi pelota que no sabía muy bien si era ella o yo quien marcaba los tantos. Cada vez que jugábamos, la partida era nuestra, y siempre la ganábamos. Yo entrenaba con ella mañana, tarde y noche, y el acoplo con mi vieja pelota se iba haciendo cada vez más profundo, y los lazos de unión entre las dos llegaron a hacerse más sólidos y más fuertes cada día.

Mi querida pelota renovó mi sangre, cansada y agotada, por una sangre joven y nueva que recorría mis venas a ritmo acelerado, arrancando de cuajo la cortina que oscurecía mi vida y mis entrañas, haciendo que la luz invadiera mi alma y llenara mis horas.

Por mis pupilas abiertas a nuevas emociones entraba a raudales el azul de aquel mar donde jugaba, y mis manos se agitaban como dos molinillos al viento mientras lanzaba al aire de una manera armónica y potente mi pelota, cada vez más mía, más roja, más colorada.

Y colmó mi atardecer el tacto tan suave de su piel, a veces por el polvo maltratada, y acaricié su redondez desnuda con timidez, con mimo, con un amor profundo de versos y secretos de un juego ya olvidado. Y compartí con ella los momentos más tiernos, más sinceros, más nobles, más humanos, a pesar de ser ella tan solo una pelota.

Yo botaba con ella dando saltos de alegría por haber encontrado esa unión tan perfecta entre lo físico y lo humano, y de ganar holgadas los partidos que jugábamos durante aquel verano.

Yo notaba feliz a mi pelota, que brillaba en la noche con luz propia. Y la notaba viva, sedienta de caricias, amorosa y muy tierna en su interior, y en su exterior dura, poderosa y muy fuerte en sus jugadas. Con miedo y con firmeza al mismo tiempo.

Cuando botaba sola, era dura, resistente a los golpes, a fracasos y partidos perdidos. No le importaba meterse en los charcos que encontraba a lo largo del

camino y ganaba por puntos con tesón, aunque las gotas de sudor y sufrimiento dejaran un surco a veces imborrable en su interior, abollando su piel. Pero se reponía enseguida, y como el ave fénix renacía y jugaba con más fuerza y con más energía.

Y así transcurrieron dos o tres temporadas, con éxitos y, a veces, con partidos perdidos, con fracasos cada vez más frecuentes que nos hicieron bajar de categoría y sufrir un descenso no esperado.

Tampoco sé muy bien qué ocurrió aquella tarde, mi pelota y yo nos sentimos cansadas. Demasiados éxitos, demasiado tiempo llenando nuestros días de una felicidad tal vez forzada, demasiados entrenamientos, demasiadas horas preparando partidos, demasiadas jugadas, y poco a poco en el juego ya no había tantas partidas ganadas. Y sufrimos las dos porque eso se acababa, porque cada vez era más larga la distancia que a ambas nos separaba.

Se acabó la ilusión de los primeros tiempos, se acabó la felicidad, las risas, y esa complicidad para ganar, aquello que nos hacía formar un buen equipo; los partidos ya no nos agradaban. Yo deseaba dejar aquel equipo, y ella comenzó a abollarse. Ya no teníamos ganas de correr por el campo, las risas y los cantos se fueron apagando. Hasta que un año ya ni nos apuntamos a la competición, el campeonato se apagó para siempre.

El tiempo ha pasado desde entonces tranquilo, sin emociones fuertes, y también ya sin brillo en la mirada. Apenas recuerdo los partidos, ni los tantos ganados, pero nunca podré olvidar a mi linda pelota tan roja y tan colorada.

Marili Calduch



El pájaro que daba razones

Una urraca, negra como el carbón, con una vista de lince. Su grito, que no canto, es como un desagradable graznido en primavera, cuando todas las aves comienzan a construir sus nidos con cantos melodiosos.

Un día, hablando con un hermoso canario amarillo como el oro, lo razonaba así: *Soy, de todas las aves que existen, la menos bella. Tengo además fama de ladrona y no es verdad. Lo que pasa es que me atrae todo lo que brilla. Ayer mis ojos se cegaron con algo que relucía en el suelo. Era una pulsera de oro con muchos colgantes, también de oro, y me la llevé al nido. No la robé, la encontré. Si su propietaria me la hubiera pedido, yo habría hecho como antiguamente hacían los recogedores de basura cuando iban en sus carros. Ellos devolvían los objetos que, por error, se arrojaban a la basura, cuando sabían a quién pertenecían.*

Sé que tampoco tengo –dijo– un plumaje con un colorido tan bonito como el tuyo, comenté en su encuentro con una cotorra, ni sé decir palabras como tú.

Sin embargo, mi casta está por todo el Universo. He sido y soy citada en multitud de cuentos y poesías infantiles y mi vida es ahora más libre y urbana que la tuya. Anido lo mismo en árboles que en torres árabes románicas. Como de lo que me gusta. Siempre tengo alimentos en los cubos de basura y jamás vivo enjaulada como vosotros.

Realmente fea, negra, con canto desagradable, ¿no tengo razones suficientes para ser feliz?

Ítem más: oigo decir a los humanos muchas veces que “la suerte de la fea una bonita la desea”.

Concepción Hernández



El ocaso

Elena se mira en el espejo que colgaba en la pared de su habitación y no se reconoce. Su arrugada piel, los surcos de su frente, su cansada mirada, la hicieron esbozar una triste sonrisa.

Todavía, a pesar de sus muchos años, siempre que sueña se ve joven, como cuando conoció a su amado Alex con sus veinte años.

Alisó sus blancos cabellos, reprimió un suspiro y se dispuso a colocar la ropa en el pequeño armario. Contempló la aséptica habitación, como de un hospital. (Siempre le aterró la idea de entrar en ellos).

Pero esta habitación era de la residencia. Inaugurada hacía pocos años y donde pasaría el resto de su vida.

Terminó de colocar sus prendas, ordenó sus libros en las dos estanterías y se sentó en el sillón junto al gran ventanal, desde el cual se divisaba un cuidado jardín.

Una uniformada empleada ayudaba a un anciano a caminar con el andador, otras dos señoras se despedían en ese momento de sus hijas y el cloqueo de sus voces llegaba hasta ella sumiéndola en una aletargada somnolencia.

¿Cómo sería su vida a partir de ahora? Quería sacudir este sopor que la iba invadiendo, pero el estrés del traslado y el insomnio de la noche anterior por el nerviosismo del cambio la vencieron.

Y volvió a vivir sus felices años de casada. Alex era su complemento ideal, su compañero, su amigo. Formaron una gran familia. Sus cinco hijos eran su alegría y orgullo. ¡Qué navidades, qué cumpleaños, qué fiestas!

Hasta las habituales enfermedades de sus pequeños las recordaba luego como anécdotas que había que pasar, y como una película pasa su vida en sus sueños. Recuerda los primeros años, había que organizarse muy bien económicamente para que sus hijos fueran a los mejores colegios. Alex siempre repetía la conocida frase “No les dejaremos una cesta de peces, les enseñaremos a pescar”.

Y preparándoles para ello, hubo clases de ballet, guitarra, equitación, tenis, etc. Viajes a Londres y París, ¡había que aprender idiomas!

Luego la universidad, los másteres, pero ellos siempre respondieron. Buenos estudiantes y magníficos hijos.

Su mente selecciona momentos inolvidables, íntimos.

Más tarde el casamiento de ellos. Los preparativos, el nerviosismo, las ceremonias, las fiestas ¡cómo disfrutaron los dos, Alex y ella! -¡Final del deber cumplido!- se dijeron entre risas.

Y cuando él se jubiló, planearon viajes y salidas, ya tenían todo el tiempo para ellos... ¡Tanta felicidad daba miedo!

Un golpeteo en la puerta sobresaltándola – “Señora, son las ocho, es la hora de la cena” - Sabe que no se acostumbrará a esta rigidez de horarios. Ella fue siempre ama y señora. “Habrá que acostumbrarse”, piensa. Traga saliva y baja. En el comedor todos miran hacia ella. Es la nueva esta semana, la saludan y se sienta, no tiene apetito, solo desea llorar, vuelve a pensar en sus hijos, su pareja. ¡Ay, si él estuviera aquí!

Intenta sobreponerse. En la mesa hay dos señores y tres damas. Se presenta, la preguntan, son locuaces, intentan animarla. También llevan poco tiempo pero se encuentran a gusto. Los observa con atención.

José, sentado a su izquierda, con manos huesudas y largas, rostro flaco y macilento, la sonríe con desgana. A continuación, Raúl, chistoso, hablador, no para, tiene unos ojos muy claros, transparentes como el agua.

Sonsoles, Rosa y Cristina, las tres son hermanas, se parecen mucho. Son de aspecto dulce y sereno, la cuentan que son solteras sin hijos. Nunca nadie vendrá a verlas.

Elena piensa en los suyos, ¡ellos sí que la visitarán! Con desgana come un poco de pescado, retiran los platos y la indican el salón donde pueden ver la televisión o jugar un rato a las cartas. Ella dice que se sube, le duele la cabeza, se despide. Entra de nuevo en la habitación, tendrá que considerarla como el pequeño reducto de su hogar, ¡pero no puede! De nuevo la congoja atenaza su garganta y un sollozo ronco sale de ella. Cierra la puerta con premura, no quiere que nadie la oiga. Se tapa la boca con la almohada y un desesperado llanto poco a poco la desgarran.

Ya un poco más serena, se levanta y se lava, se pone el camisón, coge el álbum de sus fotos y se mete en la cama.

Y va pasando las hojas ¡Él, siempre él! La mira desde las páginas sonriente el Alex de su alma.

Evoca la fatal enfermedad, el rápido fin, sus sueños truncados. ¡Llévame contigo!, pide, no soporto estar sin ti. Siente un estremecimiento, como anunciando la presencia de algo que no se ve.

Y a la mañana siguiente, con las fotos en las manos, nadie pudo despertarla.

María del Carmen de la Calle



Diario de un niño que no quiere ser mayor

El sábado tomé mi primera comunión, no dormí en toda la noche, pensaba en el traje blanco de marinero –“no me gusta”- en la cara que tenía que poner al tomarla, en no equivocarme de banco al volver.

En la catequesis nos decían que teníamos que ir con recogimiento. Yo intenté agacharme, se me pegó al paladar y con la lengua hacía esfuerzos por despegarla y tragar. Me puse nervioso y pedía a Jesús, que ya estaba conmigo, que me ayudase.

Llegué a mi banco sin equivocarme, me arrodillé, cerré los ojos, y fueron mis minutos más tranquilos – pienso repetir todas las semanas-. Luego, después de la comida familiar, me hicieron muchos regalos, entre ellos este diario. No sé por qué lo llaman así, yo solo escribiré cuando tenga algo importante que luego quiera recordar, como es mi comunión.

6 junio 2000

Ayer cumplí diez años (mamá dice que me hago mayor muy rápido). A veces sueño que nazco otra vez y soy un bebé como mi hermano Dani, así no tengo que pelearme con Víctor, mi otro hermano, que tiene seis años y es caprichoso y llorica. Me llevo muchas regañinas por su culpa, además es muy mentiroso, pero creo que es el preferido de papá, se llama como él. A mí me pusieron Luis, como el abuelo; mi madre tiene nombre de reina, Sofía. Han venido a comer. Me han regalado libros, entre ellos uno de un tal Juan Manuel, “El Conde Lucanor”, y el abuelo me dice que no lo lea todavía, que deje su lectura para más adelante y que lea primero los otros.

Yo, naturalmente, es el que pienso leer en primer lugar. Al despedirse, el abuelo me da diez euros para chuches. Víctor hoy no me ha molestado. ¡Ha sido un gran día!

15 junio 2000

Nos han dado las vacaciones en el cole, todos estábamos muy contentos. A mí me gusta ir, me llevo muy bien con Raúl y Héctor. Son hermanos, sus padres son cubanos, pero ellos han nacido aquí. A los tres nos gusta estudiar y nos mostramos unidos y fuertes contra los insultos de los que nos llaman empollones y borregos. Rob y Kalen son los más agresivos.

Cuando escucho a los padres refiriéndose a nosotros ¡bendita edad, ellos no tienen todavía preocupaciones!- me dan ganas de gritar ¡eso lo creéis vosotros! Ya lo creo que tenemos preocupaciones, estudiar, aprobar y evitar que nos peguen los compañeros, pero aun así a mí me gusta el cole, quiero aprender.

1 julio 2000

En casa preparamos el traslado a una casita que tenemos en Lloret de Mar, en la Costa Brava. Cuando llegamos el aire tiene un olor a sal. Aquí tengo amigos de otros veranos. Toño, Rafi y Gustavo, en cuanto llego, vienen a buscarme. Por las mañanas vamos a una cala cercana y por la tarde nos quedamos en la piscina donde esta Coral, la hermana de Rafi, con sus amigas. Es muy guapa, tiene doce años y solo le gusta estar con una panda de chicos mayores que ella.

A nosotros nos saluda con un ¡hola peques! Y ya como si no existiéramos. Rafi insiste en que nos vayamos a la playa, que su hermana es tonta y no quiere estar allí, pero Toño, Gustavo y yo nos conformamos con mirar a Coral y sus amigas y aprovechar sus zambullidas en la piscina, metiéndonos nosotros para acercarnos a ellas.

Septiembre 2000

De nuevo en casa, dentro de poco empieza el cole. Veremos que tal el curso con los compañeros, es lo único que temo. ¿Seguirán metiéndose con nosotros? Si es así, seguiré sin decir nada a mis padres, es algo que tenemos que solucionar nosotros. Si hay nuevos compañeros, a ver de qué parten están, ¿es esto una especie de guerra? ¿es así toda la vida? Mis padres siempre me dicen que siga el camino recto, estudiar, esto es lo que hago, por eso me llaman empollón, y obedecer también lo hago, y ellos me llaman borrego. Bueno, veremos si este año podemos seguir esquivando los golpes.

Noviembre 2000

Anoche no he dormido bien, por la tarde recordé cuando el año pasado nos dedicábamos a destruir hormigueros y luego, con saña, hacia un hoyo en la tierra, metía unas cuantas hormigas y ponía un cristalito encima para ver cómo se esforzaban por salir. He soñado que esto lo hacían conmigo, estaba empapado en sudor, todavía me dura la mala conciencia.

Diciembre 2000

En el colegio las cosas van mejor. A nuestro grupo se han añadido Alex e Iván. Nos defendemos mutuamente y los otros han dejado de molestarnos. Rob siempre está constipado, es un guarro, siempre se limpia los mocos del labio superior con la lengua y esto le ha hecho caer en desgracia.

Enero 2001

Hoy, al levantarme, me dice mamá que ayude a Víctor a escribir la carta a los reyes magos. Yo creo que se lo debían decir, ya tiene siete años. Yo en el colegio me enteré a los seis, ¡que poco me duró la ilusión! Me sentí engañado.

Como debió sentirse mamá cuando, según me cuenta, a ella de pequeña le decían que los niños los traía la cigüeña ¡vaya bola! Yo con cuatro años acariciaba el vientre de mamá cuando ella me decía ¡mira Luis, Víctor está aquí! Bueno, le ayudaré a corregir su ortografía, pero quizás se lo cuente yo (se lo he contado y ya lo sabía, quiere seguir el rollo a mis padres, dice que así saca más). Me he sentido mal por su hipocresía. Yo, cuando me enteré en el cole, lo conté rápidamente en casa como poseedor de la gran verdad.

6 enero 2001

Mi hermano se ha levantado pronto –ha despertado a Dani – y ha hecho la gran actuación (le han traído todo lo pedido). En mis regalos hay alguna variación. Cuando pasen estos días les diré a mis padres que también ellos dejen de actuar, pobres, se lo pasan estupendamente, que si leche caliente para los magos, que si pan para los camellos ¡se acabó la función! Pero ha sido un gran día, han venido los abuelos y nos han traído los regalos, mamá ha preparado chocolate y papá ha traído un gran roscón relleno de nata.

1 febrero 2001

Hoy ha entrado una niña nueva en mi clase, se ha sentado a mi lado y la verdad es que no he dado ninguna respuesta acertada a las preguntas que me ha hecho el profe. Estoy nervioso, si no la cambian de sitio suspendo (no, no quiero que se vaya, es preciosa, se llama Natacha y viene de Rusia). Habla muy bien nuestro idioma, yo quiero aprender el suyo.

5 junio 2001

Hoy he cumplido once años. Creo que no vienen los abuelos a comer. Veo triste a mamá, al levantarme esta mañana me ha felicitado dándome un abrazo tan fuerte que me hacía daño, pero yo no le he dicho nada. ¡Me gusta tanto su olor que he pegado mi boca a su pelo y ha sido ella la que al final me ha dicho ¡basta ya, basta ya locuelo!

El resto del día no la he visto ya reír, hemos comido los cinco solos y luego papá me ha regalado lo que hacía tiempo venía pidiendo: ¡un ordenador!

Los abuelos me llaman por teléfono para felicitarme, están resfriados y no quieren contagiarnos, ya vendrán a traerme el regalo cuando estén mejor.

¡Queridos abuelos os he echado de menos!

Julio 2001

Este año no vamos a Lloret. No sé qué pasa en casa, mamá está muy seria y yo noto que ha llorado, cuando se levanta tiene los ojos muy rojos, le pregunto y siempre me dice, tú no te preocupes y estudia, ¿qué le está pasando? No estamos ninguno enfermo.

Septiembre 2001

Hemos pasado el verano con los abuelos en la casa que tienen en Chinchón. Ha sido un verano distinto, he echado en falta a mis padres, ellos se han ido de viaje a México. Yo aquí no tengo amigos. Los abuelos nos han consentido todo, Víctor está a sus anchas, yo juego mucho con Dani, es muy gracioso, nos queremos mucho.

Octubre 2001

¡Ya se lo que pasa! Todo se ha derrumbado a mi alrededor, mis padres van a separarse. ¿Es este el mundo feliz? Cómo pueden preguntarme que con quién quiero quedarme ¡yo quiero a los dos! Papá te quiero mucho. Mamá, mamá, yo...

¿Por qué, por qué no vuelve a empezar todo de nuevo? Los cinco juntos, cumpleaños, vacaciones, navidades, que no pase el tiempo, que no nos hagamos ma-

yores, como ralentizado siempre, siempre así. Yo no puedo escoger ¡os quiero tanto a los dos! ¿Por qué nos hacéis esto?

Noviembre 2001

Papá ya se ha ido de casa, Víctor se ha ido con él, Dani y yo nos quedamos con mamá. Estos primeros días los abuelos están con nosotros. A mamá la encuentro más serena, creo que ha llorado tanto que se le han secado los ojos. Querido padre, te echo mucho de menos, tus consejos, tus regañinas y, sobre todo, tu presencia y tus besos.

Diciembre 2001

Papá y Víctor han venido a vernos. Qué extraño es todo esto. Mamá cubre a besos a Víctor –este se deja querer-. Dicen que quieren una separación en la que nosotros no suframos, que sigamos llevándonos todos bien, pero ya sé que Víctor vive con una nueva madre, o madrastra, que ya no sé, y una nueva hermana, o hermanastra, que tampoco sé. Estoy hecho un lío, no quiero ser mayor y organizar estos embrollos de familia.

Febrero 2001

Natacha y yo nos hemos hecho inseparables. Ella me dice que sus padres están divorciados, su madre vive con otro hombre del que tiene dos hijos, y ella es feliz con estos nuevos hermanos. No sé por qué esto nos ha unido más en todo. Me está enseñando su idioma.

Al salir de clase, hacía tanto frío que el aliento al salir de mi boca formaba pequeñas nubes. Natacha se acurrucó junto a mí y, en un arranque, besé la suya. Temblábamos los dos, pero no de frío, en un segundo pensé que tal vez besaría otras bocas, pero este dulce sabor a fresa jamás lo olvidaré.

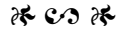
Marzo 2001

A Rob, el antiguo gallito del cole – caído en desgracia- le están amenazando, me da pena, yo creo que está enfermo, siempre está moqueando. Hoy me entero de que, a la salida, dos de los bravucones van a ir a pegarle y grabarlo en el móvil. No digo nada a mis amigos, pero pienso ir a ayudarle, dos contra dos es más jus-

to, nunca lo he hecho pero alguna vez tiene que ser la primera. Mañana pondré en este diario cómo ha sido el resultado.

Sofía cierra el diario sobre su regazo, en su corazón no cabe más sufrimiento. A Luis le enterraron la semana pasada tras el terrible accidente, cruzando corriendo el paso de cebra, al salir del colegio, por defender al que ni siquiera había sido su amigo.

María del Carmen de la Calle



La batalla de las suegras

Estamos en el año 2050. Tengo cinco consuegras y no hay batalla alguna entre nosotras. Imposible haberla, ya que ni hablamos el mismo idioma ni apenas nos vemos.

Mi primera hija se ha casado con Giuliano, un italiano tozudo, trabajador y fantasioso. Se enamoraron en Roma, en un Erasmus, y se fueron a vivir a Nápoles. No conozco a mi consuegra y a ellos los veo una vez cada dos o tres años.

Mi segundo hijo, impaciente y mimado, se ha casado con una japonesa. Shirke se llama. Realista, práctica, con una vitalidad arrolladora que no concuerda con su talla. Viven en Kiuchiu, al sur de la isla. No pude ir a la boda y a mi consuegra la conozco por fotografía.

El tercer hijo se fue de vacaciones a Islandia, donde conoció a Rebecka, fría en el trato como el glaciar de Vatnajökull y al mismo tiempo cálida con mi hijo como el gran géiser de Aukadulur. Es de carácter difícil y habla un idioma imposible. Estuve en la boda como si fuera muda: ni me entendían ni se esforzaban en ello. Yo, tampoco.

La cuarta hija, diseñadora de moda, va frecuentemente a París. Allí ha conocido a un normando, Philippe se llama, y se van a casar en Caen. No sé cómo serán mi yerno ni mi consuegra. No me apetece ir.

Y el quinto está en Azerbadján, que ni sé dónde cae. Trabajan los dos en una petrolera importante. La novia, rusa, ingeniera, se llama Skaila. No está mal en la foto que me han mandado. Se casan el próximo mes aquí. Mi futura consuegra no puede venir a la boda.

Toda esta mezcolanza es la consecuencia de la Crisis que desde los años 2000 sufre Europa, cuando los jóvenes preparados han tenido que irse a países donde encontrarán trabajo.

Pienso que dentro de unos años, cuando tengamos nietos allá por el año 2060 o 65, si la familia entera pudiera reunirse, ¿en qué idioma hablaremos?

Si ahora no puedo conversar con yernos, nueras ni consuegras, será imposible la batalla con estas últimas.

¡Algo hemos salido ganando!

Concepción Hernández



No hay pasión más seria que la lujuria

Tengo ocho años y estoy en Primaria. Hace tiempo, cuando había que decidir a qué colegio iría yo, hubo en casa un debate: mamá quería para mí un colegio religioso; papá quería uno laico. Supe enseguida que “laico” quiere decir que en ese colegio no se estudia ninguna religión.

Bueno, pues en ese “que si sí” o “que si no” ganó Mamá. Voy a los Salesianos.

Soy muy curioso. Tanto que, aunque me llamo Alonso, en mi familia me llaman todos “Don Por Qué”.

Un día, en el autobús, oí que un señor le decía a su amigo que “no hay pasión más seria que la lujuria”

Naturalmente, al llegar a casa, pregunté:

-Mamá, ¿qué es la lujuria?

-Pregúntaselo a Papá – responde enrojeciendo.

Interrumpí a Papá, que leía un periódico:

-Papá, ¿qué quiere decir lujuria?

Así, como de pasada y sin mirarme, contestó:

-Pregúntaselo al Padre Mariano, ese que te prepara para tu Primera Comunión.

Al día siguiente abordo antes de entrar a clase al Padre Mariano:

-Padre, ¿qué quiere decir lujuria?

-Ahora tengo prisa –dijo. Pregúntaselo a tu padre.

Apretó el paso y desapareció pasillo adelante.

Voy de nuevo a Papá:

-Dice el Padre Mariano que me expliques tú qué es la lujuria.

-Verás, hijo, eso es una cosa muy SERIA que te explicaré cuando seas mayor.

Mi curiosidad va en aumento. Ayer en el recreo vi a nuestro vecino Luis que jugaba con sus compañeros de la ESO y le pregunté:

-Luis, ¿qué quiere decir lujuria?

No me contestó en seguida. La carcajada que soltó el grupo entero resonó por todos los rincones del Instituto.

Y ahora mi nueva pregunta es:

-¿Por qué dicen que la pasión más SERIA es la lujuria, si todos los de la ESO cuando me ven se ríen a morir? ¿Será que no es tan SERIA?

Concepción Hernández



Nostalgia de una tarde de verano

A Bobby, 12 de octubre de 1955

Deja enterrada tu armónica entre la arena de la playa, así será escuchada solamente por el mar; vete caminando sólo, poco a poco, despacito, que se queden las huellas de tus pies en la arena. Entonces, piensa, recuerda que los dos hemos recorrido este mismo lugar en un verano delicioso en que jóvenes y sin problemas nos sentíamos felices. Descansa en esa roca donde me contaste tu vida, vuelve a pararte en el banco donde declaraste que me amabas... y ahora llega hasta el Faro, contempla la inmensidad del mar y, por favor, quiero que tú me veas allí, que tu mente me refleje, nada más te pido esto para ser feliz.

Llega hasta el Puente del Diablo y sonríe... estoy segura de que vas a sonreír. ¿Recuerdas? Creo que sí... Tú y yo allí. Vuelve sin correr, pasa junto a la costa y detén tus pasos a cada instante, no hay lugar que pase desapercibido para ti si todavía recuerdas... ¡Tardarás tanto en volver a Santander!... Es un caminito estrecho, pero dentro de él se encierran tantas cosas...

¡Qué importa que no nos volvamos a encontrar!... ¡Que tu sigas por otro camino, que los dos nos digamos adiós!... Todo eso qué más da, si nuestro recuerdo sencillo es sólo lo bastante para ponerlo en una canción y cantártelo, para tejerlo en un cinturón que ciña tu cuerpo, para apostararlo a un juego y perderlo todo.

Pero, por último, baja a la playa cuando salga la luna, cuando las estrellas hayan aparecido, siéntate junto a las rocas, toma un puñado de arena y sigilosamente esconde tu armónica y me harás feliz.

Noly Gómez



Como la vida misma

(Relato presentado fuera de concurso)

Me he comprado un nuevo ordenador. Es chino-americano. El señor Ibeeme, de Nueva York, se lo vendió a papá Lenovo, que comenzó con un bazar en el pueblo de Tó-Acien del norte de China pero que se mudó a Pekín, puso una inmobiliaria y se forró.

Mi nuevo ordenador es un Lenovo G50-30, CPU Intel Celeron N2840 2.18G (que debe ser algo importante), RAM 8G (quizás más importante todavía) y HDD 500 (probablemente la repera). Tiene Windows 8.1, además de Microsoft Office 2013, webcam, micrófono y altavoces incorporados.

En cuanto llegué a casa con él, abrí la caja y fui raudo a instalarlo. Pensé que me encontraría un tocho de 200 páginas de lectura pero sólo consistía en un desplegable de instrucciones (eso pensaba yo) y decía:

SEGURIDAD, GARANTÍA Y GUÍA DE CONFIGURACIÓN. Instrucciones de configuración inicial.

Y más abajo cuatro puntos con sus respectivos dibujitos:

1. Instale el paquete de batería.

(Fácil, lo saqué del envoltorio y lo coloqué en su sitio).

2. Conéctelo a una fuente de electricidad.

(Más fácil aún. Desenrollé los cables y lo enchufé como la tostadora cada mañana).

3. Presione el botón de encendido.

(Facilísimo, pulsé un interruptor pequeñito y esperé).

Yo estaba tan orgulloso por lo bien que se me iba dando, aunque reconozco que los chinos son parcos en instrucciones

4. Configure el sistema operativo siguiendo las instrucciones que aparecen en pantalla.

Apareció el icono pequeñito de instrucciones en pantalla, una profusión de colores como la explosión de una nova y multitud de pantallitas con la cantidad

de cosas que podía pinchar: *La vida en un vistazo, Jugar y explorar, Xbox, Groove Música, Photoshop...* Yo buscaba solamente cómo diablos abrirlo, así que ni me atreví a tocar una tecla, apagué y le mandé un correo de SOS a mi yerno que es ingeniero informático entre otras cosas.

Mi abnegado yerno vino después de su extensa jornada de trabajo -nunca se lo agradeceré lo suficiente-, pasó tres horas configurando aquello y apañando lo que fuera necesario, me mostró cómo funcionaban todos los programas (eso sí, a velocidad de informático, es decir, que parpadeas y te has perdido dos pantallas) y se fue a casa. Espero que, al menos, no le riñeran por llegar tarde.

Lo peor fue a la mañana siguiente. Encendí el trasto y me llevé un susto, pues se me apareció un venerable anciano, calvo, poco agraciado, algo bobalicón, con cara de ultratumba como las fotos del DNI, quien, según mi mujer me dijo después, repetía mi nombre y apellidos, aunque yo, con mi sordera y sin audífonos, no me había enterado. El anciano ponía cara de sorpresa y se movía inquieto, yo también estaba sorprendido y me movía nervioso ante su repentina aparición hasta que, ya harto, le hice un gesto airado con la mano. Él me hizo el mismo gesto. Eso sí que no me lo esperaba; en primer lugar, el cliente siempre tiene razón; además, los chinos tienen reputación de ser muy corteses (también la tienen de no pagar impuestos, pero ese es un tema que corresponde a Montoro) y, por último, yo me había gastado 380 euros -y eso aprovechando el descuento del *Black Friday*- en aquello y me debía un respeto. De repente, apareció una mujer detrás del anciano y pensé que el cobarde había ido a pedir refuerzos. La recién llegada, aunque con la misma imagen fantasmal de DNI, tenía un aire familiar. Miré con detenimiento y ¡oh, sorpresa! la recién llegada era mi mujer, por lo que deduje que ¡horror! el venerable anciano era yo. Claro, por eso la *webcam* estaba encendida. Como no era cosa de disculparme a mí mismo, apagué el ordenador, me tomé un vaso de agua para reponerme y me hice el desayuno.

Con las fuerzas y el ánimo recuperados por el desayuno (tostada con aceite de oliva virgen extra Arbequina y ajo más una pizca de pimentón dulce de la Vera), me armé de valor y me enfrenté al monstruo. Otra vez el venerable anciano, esta vez con cara preocupada, pero pronto descubrí que la pantalla tenía una cruz en una esquina, pinché y apareció un mensaje que decía “VeriFace deshabilitado”. O sea que mi sosias se llamaba VeriFace y ni siquiera se había presentado.

Luego salió una pantalla que me pidió la contraseña de mi cuenta y eso lo hice bastante bien. Esa pantalla tenía además un busto blanco de esos que aparecen en las redes sociales para poner tu foto. Como tampoco era cosa de flagelarme, puse la foto de mi nieto José Francisco, un mocetón de 22 años y 1,84 m que creo que se parece algo a mí cuando era joven, aunque no se lo pienso decir para que no se disguste la criatura. Yo no necesito verme en el ordenador cada mañana pues ya me miro al espejo, que tiene más píxeles (¿qué querrá decir la palabreja?), cuando me afeito.

Después me dediqué a buscar cosas, me salieron los cotilleos de Microsoft, el tiempo, juegos varios y un montón de cosas más, pero no encontraba ni documentos ni cómo meterme en Internet. Ahora que lo he logrado, lo cuento para compartir mi éxito, aunque sólo será total cuando encuentre cómo manejarlo con Word o Excel. Os mantendré informados.

Días más tarde me entero de que me ofrecen la última versión de la casa que es más completa... y gratuita. Difícil resistirse, así que decido descargarme Windows 10. Pincho "Actualizar ahora" pero no pasa nada. Finalmente descubro un rectángulo minúsculo en la esquina derecha de la pantalla que dice "Get Windows 10". Pincho y comienza el proceso de actualización. Eso me ratifica en la idea de que la informática no es tan difícil sino que la hacen difícil adrede. Y si no, ¿a qué viene esconder las instrucciones como si jugarán al orí y ponerlas en inglés?

La actualización dura 2:45 horas, con pausas cada diez minutos en que la pantalla se queda negra unos segundos y yo me quedo blanco temiendo que no arranque de nuevo. Para terminar, me pide "configurar", "actualizar" y "reconfigurar". Lo hago... y otro susto. Aparece un círculo blanco rodeado de otro azul tenue (debe ser del *Podemos* chino) que me dice en español: *Hola, soy Cortana, estoy aquí para ayudarte a hacer cosas*. O sea, lo mismo que el *Podemos* español. No me fio, me da miedo que me pase como con VeriFace, quien, por cierto, ha desaparecido con Windows 10 junto con la imagen de mi nieto mayor. Una pena, porque en estos pocos días le había tomado cariño a VeriFace; al nieto se lo tenía ya.

A continuación me dice que tiene 20 actualizaciones. Me parece bien, hay que estar al día -ojalá me actualizara a mí también-, pero me cuesta otros 75 minutos de angustia. Cuando termina de reactualizarse, toma el relevo el filtro

MacAfee para hacer un “análisis de vulnerabilidades” y, tras 75 minutos de tensión nerviosa, me informa de que ha analizado 378.591 elementos. Como soy de Ciencias, se me ocurre calcular y me doy cuenta de que ha tardado un promedio de 0,011886 segundos en analizar cada elemento. Es decir, una centésima de segundo, para los que no sois de Ciencias. Eso me supera. Si el ordenador tiene 378,591 elementos ¿cómo no se va a estropear alguno de ellos al día siguiente? Me voy a dormir preocupado.

Hoy me inquieto porque Intel Celeron va lento y parece haber perdido brillo. Pienso que quizás siente nostalgia, así que he comprado un gato chino amarillo (dizque de la suerte) de esos que mueven el brazo izquierdo sin parar y se lo he colocado al lado como pisapapeles. Yo entiendo de la nostalgia que se siente cuando se está solo y en tierra extraña. He visto muchas flamencas, toros y una banderita rojigualda encima de los televisores de muchos expatriados españoles con el fondo de Conchita Piquer cantando “Suspiros de España”. Además, para que se anime, le bautizo Celedonio que es lo más parecido a Celeron que encuentro como nombre.

Voy avanzando a trompicones.

Unos días después nos toca ejercer de abuelos. En cuanto llega, mi nieto, Álvaro, de 11 años, se sienta a mi lado y se ofrece a ayudarme. Pronto me desplaza de la silla y asume el mando. ¡Qué espectáculo! Empiezan a aparecer en pantalla cosas que ni sospechaba que se hubieran inventado. A Cortana lo conoce mucho, es casi íntimo, dice que resuelve todos los problemas y me anima a probar, pero me niego, no sea que me pase como con VeriFace. Luego aparece la tienda. Dice: *Abuelo, es fantástica, es como un centro comercial*. Me reprimo de contarle que lo más parecido a un centro comercial que conocía cuando tenía su edad, que ni siquiera había salido de mi barrio, era la pipera, la señora Perpetua, que se instalaba con su carro en la esquina del paseo de las Delicias y vendía pipas de girasol y de calabaza tostadas y saladas, “torraos”, cacahuètes, algarrobas, avellanas, altramuces, almendras blancas, tostadas y garrapiñadas de Alcalá, regalíz y su raíz el paloduz, cromos, cigarrillos sueltos o en cajetillas y agua en botijo por “la voluntad”, entre otras cosas.

Álvaro adivina que me he puesto triste y se ofrece a buscar mi solitario preferido (Carta blanca o White Card) al que hemos jugado a veces los dos. Investigadores de la Universidad de Las Vegas opinan que es la mejor prevención contra el

Alzheimer. Lo encuentra en un pispás y me explica cómo se descarga, claro que lo hace dos veces todavía más rápido que su padre.

Tras la sesión con Álvaro, asumo a mi pesar que sé muy poco de informática, así que me he comprado una *Guía Multimedia: aplicaciones y recursos para todos*.

Esperaba ponerme al día en breve y dominar a Celedonio, pero pronto constato que entender la guía es todavía más difícil que entender a Celedonio. A Cortana, ni mirarle.

Han pasado cuatro meses y he recuperado la confianza en la cibernética, pero como creo que no soy el único sufridor informático y pienso que también os ocurrirá a algunos de vosotros, sólo me queda aconsejaros que recurráis a los que saben más: Álvaro es rápido y económico.

PS. Se vende guía multimedia como nueva.

Francisco Acebes

